

Virgen, tímida, plena  
de gracia, igual que una azucena,  
se dobla al anuncio celestial».

Yo escuché hace años en Yecla, de boca de unos auroros campesinos, estos versos:

«Son tus pechos; señora,  
dos fuentes claras.  
Es tu talle, Señora,  
junco aseado».

No sé si eran de los auroros, ni de que procedencia, aquellos versos.

Bécquer, en su prosa, en su «carta novena», tiene una descripción ejemplar de la aparición de Nuestra Señora de Veruela.

Del poema de Sor Juana Inés de la Cruz, escuchad estas estrofas a la Virgen, en las que vibra un realismo español delicioso:

«...no tiene para alfileres  
con todo el cielo estrellado...  
están de miedo temblando  
tamañitos los abriles,  
descoloridos los mayos.

Los ojos: ¡ahí quiero verte,  
solecito aerebolado!

El sol le sirve de sastre,  
la luna de Zapatero».

José García Nieto, uno de los más altos valores de la poesía actual, dice en un soneto:

«Cuna de Dios, alcándara divina,  
el corazón clavado en siete espadas.

Espigando en la poesía española, podríamos hallar verdaderos tesoros líricos. Yo siento ahora profundamente no poder dar con un poema que compuso el poeta de la serranía de Cuenca, el gran Federico Muelas, a la Virgen de la Luz, patrona de aquella ciudad. Lo leyó el poeta por Radio Nacional en Madrid, cuando la coronación de la Virgen. Versos como aquéllos no se han escrito en España, del Siglo de Oro a nuestros días. El alma de Federico cincela sentires por riscos de la sierra en el alba, sobre los arroyuelos, con el perfume de las hierbas, con el lucero sobre el chopo, siempre con un lenguaje rudo, serrano, de una infantilidad cristalina, y siempre encendidos a Ella. En la lírica popular española no se han escrito versos a la Virgen como los de Federico Muelas a la Virgen de la Luz.

RICARDO DE VAL

## ¡AQUELLA VENTANA!

Cortinitas leves,  
cortinitas blancas  
que una mano fina  
colgó en su ventana  
con las ilusiones  
de recién casada.

Cortinitas leves,  
vaporosas, albas,  
que a veces recoge  
con su mano alada  
la joven esposa  
que impaciente aguarda.

Aquellas cortinas  
de aquella ventana  
que adornan geranios,  
jazmines, albahacas  
y claveles rojos,  
subyugaban mi alma.

Mas con ser tan bellas,  
tan finas, tan blancas,  
supe que escondían,  
discretas y avaras,  
la sombra siniestra  
de angustioso drama.

Dicen que las cosas  
tienen también su alma  
y en las largas noches,  
en las horas trágicas,  
sigilosamente  
¡nos hablan...nos hablan!

Si es así ¡qué dulces  
y tiernas palabras  
de consuelo y ánimo  
verterían candidas,  
muy quedo al oído  
de la desposada.

Cuando un día aciago  
que siempre esperaba  
se quedó tan sola,  
tan triste, tan pálida,  
tras de las cortinas  
en la linda estancia ..

¡Pobre corazón  
que marchas y marchas  
desde que nacemos,  
sin tregua ni pausa!  
¡Ay de quien de pronto  
la cuerda le falta!

Muchas veces paso  
junto a la ventana,  
pero ya no veo  
la mano de nácar  
que levanta grácil  
la cortina blanca.

A través del nítido  
cendal de su gasa,  
miro con tristeza  
deslizarse lánguida  
una esbelta sombra  
joven y enlutada.

ELADIA MONTESINO